

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO Lunes 30 de noviembre de 2020

En directo (luego queda grabado) en el canal de YouTube de la Delegación Episcopal de Catequesis de Madrid:

https://youtu.be/OApd_1WDbzs

JESÚS MÉDICO

1.- *Jesús médico: ¿un título para Jesús inusual?*

2.- *¿Por qué decimos que Jesús médico cura las heridas del cuerpo, de la mente, y del alma?*

3.- *Evangelios de la primera semana de Adviento:*

3.1.- *Creer en Jesús, en Jesús que cura*

3.2.- *Mirar como Jesús, como Jesús que cura*

3.3.- *Ayudar a Jesús, a Jesús que cura*

3.4.- *Afianzarse en Jesús, en Jesús que cura*

3.5.- *Creer en el poder de Jesús, de Jesús que cura*

3.6.- *Curar en el nombre de Jesús, de Jesús que cura*

4.- *Oración a Jesús Médico*

1.- Jesús médico: ¿un título para Jesús inusual?

Además de los diversos títulos que encontramos en los Evangelios para nombrar a Jesús (Jesús de Nazaret, Mesías, Señor, Hijo de Dios, Hijo del hombre, Cristo, Maestro), vamos a mirar a Jesús bajo un título que, aunque no aparece como tal en el Evangelio, la tradición de la Iglesia ha añadido, el de Jesús Médico, médico de los hombres, en sus cuerpo y en sus almas.

A Jesús lo llamaban “el maestro”, porque enseñaba una sabiduría novedosa y desconcertante: nada más y nada menos que la Verdad sobre el misterio de Dios y sobre el Misterio del hombre, en si mismo, como Hijo de Dios desde toda la eternidad y por el misterio de la Encarnación como el nuevo Adán, la humanidad perfecta.

Pero Jesús se nos muestra en los Evangelios no sólo enseñando con la Palabra, sino que él, que es la Palabra eterna del Dios, nos habló también a través de sus gestos y de sus signos, de sus encuentros personales, y de todas las circunstancias y situaciones de la vida entre nosotros.

Sus signos son sus milagros. En los milagros de Jesús no sólo percibimos su poder para dominar la naturaleza, sino que percibimos algo mucho más importante: como este poder emana de un amor infinito, el amor de Dios, que se manifiesta a través de la compasión y la misericordia de su humanidad, de

su corazón, de su mirada, de su iniciativa para sanar, para curar..., en definitiva, para salvar.

Por eso, sobre todo en este tiempo de Pandemia, en el que hemos redescubierto la preminencia social de la acción de los médicos y sanitarios, pero sobre todo hemos redescubierto la fragilidad humana y la necesidad de curación, ¡que bien nos viene volver la mirada al Jesús que cura, al Jesús que llamamos con toda propiedad médico de los hombres!

2.- ¿Por qué decimos que Jesús médico cura las heridas del cuerpo, de la mente, y del alma?

En la tradición espiritual de la Iglesia hablamos de la acción curativa de Cristo que cura las heridas, tanto las del cuerpo como las del alma. Pero tal vez convenga hablar con mayor precisión de tres tipos de heridas: las del cuerpo, las del alma, y las de la mente. Al hacerlo ganamos dos cosas:

Primero situamos la salud de la mente en su lugar, que no es como muchas veces hacemos en relación con el alma (confundiendo las enfermedades de la mente, depresiones incluidas, con crisis espirituales), sin en su vinculación al cuerpo. Si hablamos sólo de heridas del cuerpo y del alma, las de la mente estarían incluidas en las del cuerpo, no en las del alma, aunque en la unidad de la persona unas interfieren en las otras en ambas direcciones.

Segundo porque de este modo identificamos y damos la importancia que se merece a esta realidad, la de la salud o la enfermedad que tiene que ver con los procesos del pensamiento (pensamientos positivos y pensamientos tóxicos), y con los estados de ánimo, por los que la desolación es en rigor una herida de la mente, mientras la desesperanza es en cambio una herida del alma.

Tercero porque en este tiempo de Pandemia además de los muchos hombres y mujeres que han enfermado y siguen enfermando por los contagios (de los que tantos han fallecido y seguirán falleciendo), y de los que enferman por otras causas, se está extendiendo también una serie de crisis psicológicas, de cuadros depresivos, relacionados con la ansiedad y la angustia. Ante estos, como ante todas las demás enfermedades del cuerpo, se requiere la intervención de los médicos y los psicólogos, de los profesionales. Y se requiere también la suplica al Señor, médico que sana las heridas del cuerpo, de la mente, y del alma.

3.- Evangelios de la primera semana de Adviento:

Hechas estas aclaraciones previas, para poder con amor, con fe y con esperanza buscar, abrazar, e implorar a Jesús-Médico, pongamos nuestra mirada ya sólo en Él.

Podríamos recorrer todos o una selección de los episodios evangélicos de las curaciones de Jesús, pero como estamos al comienzo del Adviento, mejor nos

fijamos en los evangelios de esta primera semana de Adviento, los que nos ofrece el año B del ciclo litúrgico, desde hoy lunes hasta el próximo sábado.

3.1.- Creer en Jesús, en Jesús que cura

Lectura del santo evangelio según san Mateo (8,5-11):

(Evangelio de la misa del lunes 30 de noviembre de 2020)

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole:

“Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho”.

Le contestó:

“Voy yo a curarlo”.

Pero el centurión le replicó:

“Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: Ve, y va; al otro: Ven, y viene; a mi criado: Haz esto, y lo hace.

Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían:

“En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos”.

Creer en Jesús, en Jesús que cura

Ya Jesús nos advirtió que la fe es capaz de mover montañas. Pero lógicamente se refería a una fe inquebrantable, con una seguridad a prueba de toda duda, de toda turbación, de toda debilidad.

El centurión tenía este tipo de fe. Jesús lo confirma y lo pone como ejemplo de la máxima fe: *En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe.* Y es que la afirmación con la que responde a Jesús cuando le dice que irá a curar a su criado, y que repetimos siempre en misa antes de comulgar con Jesús-Eucaristía, es excelente: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano.*

Podemos pensar: “¿Y quien puede tener una fe así? Yo al menos no tengo una fe tan fuerte. No tengo tanta seguridad, no soy tan fuerte”.

Y entonces erramos el juicio. Porque precisamente para tener una fe así, lo que no hay que tener es seguridad y fortaleza, lo que hay que tener es inseguridad y debilidad. Si, no es un juego de palabras.

A más seguridad en nosotros mismos, en nuestras propias fuerzas, menos seguridad en el Señor. Una cosa es la sana autoestima, y otra cosa muy distinta es el engaño de la autosuficiencia. A más autocomplacencia en nuestras propias capacidades, en nuestras propias fuerzas, menos reconocemos que nuestra fortaleza está en nuestra debilidad, porque no se sostiene en ella misma, sino en Él, en el Señor.

Circula como un *bestseller* un libro llamado “El secreto” que toma como lema la expresión de Jesús de que la fe mueve montañas, pero que predica todo lo contrario del Evangelio: propone como secreto para una vida “con éxito” la fe inquebrantable en uno mismo, con la cual convertimos en triunfadores bajo la ley del más fuerte frente a los débiles, timoratos y dubitativos.

Y es que, en realidad, no dudamos cuando somos débiles, sino cuando somos fuertes. Cuando pedimos con la boca pequeña, porque por pedir que no falte... Pero en realidad donde ponemos nuestra seguridad, nuestra “fe”, es nosotros mismos.

En este tiempo de Pandemia, debemos preguntarnos: ¿Pongo mi fe en Jesús-médico, completamente, sabiendo que nada me va a pasar si él no lo permite? ¿Le pido mi curación, o la curación de mis hermanos, como hace el centurión, con suficiente fe?

Si le dejo sitio a Él (“una palabra tuya bastará para sanarme”), Él actúa, como quiera actuar en su amor y misericordia infinitas. Pero siempre actúa. Siempre cura, siempre salva: o cura las heridas de mi cuerpo, o las de mi mente, o las de mi alma, o los tres tipos de heridas a la vez. Jesús siempre cura cuando le pedimos con fe que nos cure.

3.2.- Mirar como Jesús, como Jesús que cura

Lectura del santo evangelio según san Lucas (10,21-24):

(Evangelio de la misa del martes 1 de diciembre de 2020)

En aquella hora Jesús se llenó de la alegría en el Espíritu Santo y dijo:

“Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien.

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”.

Y, volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte:

“¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron”.

Mirar como Jesús, como Jesús que cura

Decía Ortega y Gasset que un hombre sabio y culto no es un hombre que sabe muchas cosas, sino que sabe cuál es -esa era su definición de cultura- su tabla de salvación cuando, como naufrago, encalla la barca de sus seguridades vitales. Saber muchas cosas inconexas, no constituye nunca una tabla de salvación, es decir, una capacidad de mirar la realidad propia y circundante (“yo y mis circunstancias”) como para poder encontrar sentido y valor para no dejarse arrastrar por la tormenta y ahogarse en el mar del drama de la vida.

Aunque ahora estén en crisis, en esta sociedad líquida postmoderna, las cosmovisiones pretenden ser esa tabla de la que hablaba Ortega. Pero la realidad es que tampoco todas las cosmovisiones sirven, y menos las que pretenden ser tales cuando en realidad son meras ideologías.

Fe y razón, ambos dones de Dios, pueden sostener una cosmovisión verdadera, y pueden por tanto ser una tabla de salvación. Pero tienen que ser una fe y una razón forjadas en una profunda experiencia de Dios, una fe con los pies en la realidad y en la racionalidad, pero con esas alas que sólo el Espíritu Santo es capaz de dar. Una fe que nos lleve, como decía San Agustín, a poder mirar con la pupila de los ojos de Dios. O al menos, con una mirada lo más parecida posible a la de la pupila de los ojos de Dios.

Cuando Jesús nos dice que Dios Padre ha escondido su sabiduría a los sabios y entendidos, sin duda nos está señalando a todos nosotros en tanto en cuanto confundamos nuestros saberes y entendimientos con la tabla de la salvación a la que agarrarnos cuando la barca de nuestra vida cae a pique y corremos el peligro de hundirnos. Cuando nuestras heridas, sobre todo las heridas del alma, no cicatrizan. Cuando nos ahogamos en nuestra propia ceguera. Queremos salir a flote, pero nos ahogamos. Acudimos a la ciencia, a la enciclopedia, o a *Wikipedia*, o al archivo mental de nuestras ideas y convicciones, y aún así nos ahogamos. Escuchamos las noticias, y todo se nos vuelve en contra, en lugar de servirnos para ser “audazmente responsables” ante la Pandemia, como dice Francesc Torralba, nos alcanza la angustia.

Y cuando Jesús nos dice que Dios Padre ha revelado estas cosas a los pequeños, sin duda nos está señalando a todos, en tanto en cuanto nos rindamos ante Él, y le supliquemos el don de la sabiduría y del entendimiento verdaderos. Y por obra y gracia del Espíritu Santo estos dos dones suyos iluminen nuestra vida. Y podamos entonces mendigar la pupila de los ojos de Dios, y ver la historia de nuestra vida y de nuestro mundo como historia de salvación, y descubrir como bajo la apariencia de las cosas se encuentra el sentido de las cosas, y ver que todo tiene su origen, su sentido, su razón y su fin en Dios. Y que, aunque todo parezca que está mal, todo está bien.

Entonces, como decía San John Henri Newman cuando aún era un adolescente, poder afirmar con aplomo: “sólo se de dos seres absoluta y luminosamente evidentes: yo y mi Creador”. Y en ese pensamiento esencial, abrazar al Creador como la tabla de mi salvación, y a mi señor Jesús como el único médico capaz de curar mi cuerpo, mi mente y mi alma, y no sucumbir en los naufragios de mi existencia.

3.3.- Ayudar a Jesús, a Jesús que cura

Lectura del santo evangelio según san Mateo (15,29-37):

(Evangelio de la misa del miércoles 2 de diciembre de 2020)

En aquel tiempo, Jesús, se dirigió al mar de Galilea, subió al monte y se sentó en él.

Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los ponían a sus pies, y él los curaba.

La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos, y con vista a los ciegos, y daban gloria al Dios de Israel.

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:

“Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino”.

Los discípulos le dijeron:

“¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?».

Jesús les dijo:

“¿Cuántos panes tenéis?”.

Ellos contestaron:

“Siete y algunos peces”.

Él mandó a la gente que se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, pronunció la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente.

Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete canastos llenos.

Ayudar a Jesús, a Jesús que cura

La multitud esta hambrienta. Tenían hambre de sentido, hambre de verdad, hambre de Dios. Eran sobre todo “tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros” pobres, descartados social y culturalmente, despreciados, para tantos, indignos o al menos insignificantes. Pero tenían hambre también de pan, del alimento de cuerpo, del alimento que no sólo sacia el cuerpo, sino que nos confirma en nuestra dignidad, porque el hambre y la miseria no casan con la dignidad humana.

Jesús se compadece de ellos: “Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino”. Pero no les dice a sus discípulos: “Pero, quedaos quietos. Yo me ocupo. Yo hago milagros. Del mismo modo que les he curado de sus dolencias y enfermedades, también puedo hacer el milagro de darles de comer”. No. No dice eso. Es más, tras compartir con ellos su preocupación, le dice: “¿Cuántos panes tenéis?”, que es como decirles: “¿Qué vais a hacer vosotros para darles de comer?”.

La pregunta no se la hizo solamente a ellos ese día memorable, que aquella multitud no olvido jamás, y que los evangelios nos permiten a todos recordarlo. No. La pregunta nos la hace Jesús hoy a ti y a mi. Nos la hace a todos nosotros: “¿Qué vais a hacer vosotros para darles de comer?”.

Y entonces la mayoría de las veces nos encojemos de hombros. Nos damos la vuelta. Y pensamos: “¡Qué iluso es este Jesús... ¿qué puedo hacer yo?”. O aún peor, nos damos la vuelta y nos vamos, porque la indiferencia ha corrompido nuestro corazón... y creemos que esa preocupación de Jesús no

va con nosotros, porque nosotros, a diferencia de Él, no tenemos “compasión por la gente”.

Pero también podemos hacernos otras preguntas, que se derivan de la pregunta que nos hace Jesús:

¿Que hacemos para qué en esta ciudad de Madrid, tan artificialmente opulenta, con escaparates de lujo y en la que todos los días se tiran toneladas de alimentos, no haya familias y niños que pasen hambre? Por que los hay.

¿Y que hacemos para que dos tercios de la humanidad no muera de hambre, de sed, o de enfermedades causadas por la falta de agua potable? Y podíamos seguir haciéndonos muchas preguntas más...

Y, sobre todo, además de hacernos más preguntas como estas, podemos responder de un modo muy sencillo, como hicieron los discípulos de Jesús: “Tenemos siete panes y algunos peces. Es lo que tenemos. Con esto no vamos a saciar el hambre de todos, pero podemos saciar el hambre de unos pocos... Podemos hacer algo, por poco que sea, podemos hacer algo”.

Y, como entonces, los discípulos de Jesús de hoy, habremos felizmente caído en su bendito juego, habremos puesto nuestra parte, nos habremos dispuesto a hacer lo más grande que podemos hacer en la vida: ayudar a Jesús, a Jesús que sacia, a Jesús que cura, a Jesús que alimenta, a Jesús que salva. ¡Ayudar a Jesús!

Y porque habremos felizmente caído a su bendito juego, Jesús, una vez que nosotros hemos puesto nuestra parte, nuestra insignificante parte, pero con el amor proporcional a nuestra capacidad de amar, Jesús pone la suya, cuya capacidad de amar es infinita. Y una y otra vez habremos descubierto, como la llama nuestro cardenal arzobispo Carlos Osoro, la “desproporción de Dios”.

Porque desproporcionalmente a nuestro esfuerzo y nuestra ayuda, Jesús sacia a las multitudes, cura sus heridas, salva a los hombres. Pero no quiere hacerlo sin nosotros. Quiere que nosotros pongamos primero nuestra parte: apenas unos panes y unos peces. Porque lo que quiere que pongamos es algo mucho más valioso que eso: nuestro corazón... “Amaras al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con todo tu ser”.

3.4.- Afianzarse en Jesús, en Jesús que cura

Lectura del santo evangelio según san Mateo (7,21.24-27):

(Evangelio de la misa del jueves 3 de diciembre de 2020)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

“No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se

desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca.

El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande”.

Afianzarse en Jesús, en Jesús que cura

Cuando Jesús explica esta parábola, identifica la piedra donde se puede edificar con seguridad con la Palabra de Dios. Es decir, la identifica con Él, que es la Palabra eterna del Padre hecha carne, la Palabra que ha tomado la condición humana, como nos explica bellamente San Juan en el prólogo de su Evangelio. Y cuando Jesús, en otra ocasión, nos explica la historia de la salvación con la parábola de los labradores asesinos, recurre a una expresión del antiguo testamento para decirnos que Él es la "La piedra que desecharon los arquitectos", y que ésta "es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente" (Cf. Mc. 12, 1-12).

La pandemia que padecemos, como todas las situaciones inesperadas que amenazan nuestras seguridades humanas, está revelando cuáles son los verdaderos cimientos de nuestras vidas, al igual que en los terremotos y en los tsunamis, sólo quedan en pie los edificios bien preparados para estas catástrofes. Todos hemos podido ver que hay de arena y que hay de roca bajo nuestros pies, bajo los pies de nuestra estabilidad existencial, tanto emocional como espiritual. Todos hemos podido ver en que medida la casa de nuestra vida esta construida sobre las arenas movilizadas de las frágiles seguridades terrenas y efímeras, o esta construida sobre la roca firme de la Palabra de Dios, de Jesucristo, al que sabiamente el apóstol Pedro dijo: "sólo tu tienes palabras de vida eterna" (Jn. 6, 68).

Por lo general bajo los pies de nuestra estabilidad existencial hay una mezcla de ambos materiales, no siempre suficientemente bien amasados. Solo los pobres en el Espíritu, los bendecidos en las Bienaventuranzas, los hombres y mujeres forjados en el dolor y en la fidelidad, en las pruebas de la fe, del amor y de la esperanza, se levantan sobre una masa cuyo principal componente es la roca firme del Señor de sus vidas. En el resto, aún abrazando la fe en quien reconocemos es nuestra única firmeza y seguridad, nadan más o menos en abundancia las arenas empantanadas de nuestras vanidades, de nuestros anhelos basados en nuestros autoengaños o en los engaños del mundo. Y cuando queremos alcanzar el equilibrio y sostenernos en pide sobre esa roca reconocida pero fraccionada, nos ocurre lo mismo que al apóstol que duda y flojea en su fe cuando el Señor le pide que acuda a su encuentro andando sobre las aguas.

Por eso, mientras podamos, preparemos, en este permanente, pero efímero adviento que es nuestra vida entera, el fundamento de nuestra estabilidad existencial, de nuestra vida. Afiancémonos en Cristo Jesús, nuestro único Señor y salvador, y construyamos nuestra historia personal sobre la roca firme de su Palabra. Entonces, cuando vengan los vientos y los tempestades de

nuevo, que a buen reguardo que vendrán una y otra vez, podremos afianzarnos en él, y aunque las calamidades pasadas, presentes y futuras llenen nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestras almas de heridas aparentemente incurables, Él, el Médico de los hombres por antonomasia, la roca firme donde sostener la casa de nuestras vidas, las curará con el cuidado de su misericordia y de su ternura, y hará que de nuevo, esta vez de verdad y sin engaños, nos veamos sanos y nos veamos en pie, para poder dar testimonio a los demás y enseñar el arte del construir la vida sobre la única Roca firme capaz de salvarnos de toda clase de tempestades e infortunios.

3.5.- Creer en el poder de Jesús, de Jesús que cura

Lectura del santo evangelio según san Mateo (9,27-31):

(Evangelio de la misa del viernes 4 de diciembre de 2020)

En aquel tiempo, dos ciegos seguían a Jesús, gritando:

“Ten compasión de nosotros, hijo de David”.

Al llegar a la casa se le acercaron los ciegos, y Jesús les dijo:

“¿Creéis que puedo hacerlo?”.

Contestaron:

“Sí, Señor”.

Entonces les tocó los ojos, diciendo:

“Que os suceda conforme a vuestra fe”.

Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente:

“¡Cuidado con que lo sepa alguien!”.

Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca.

Creer en el poder de Jesús, de Jesús que cura

Lo reconozcamos o no, tendemos a medir a las personas, y con ello a respetarlas más o a respetarlas menos, según el poder que tengan. En la mayoría de los casos según los criterios del poder de este mundo, el poder de previsión, de control, de manejo de los hilos visibles u ocultos, lícitos o ilícitos, de las relaciones humanas, sociales, culturales, económicas o políticas, o simple y llanamente el poder de la imposición.

Pero en algunas ocasiones, raras ocasiones, descubrimos otro tipo de poder completamente distinto, e incluso contrario al anterior. Es el poder que ejerce el rostro de una humanidad positiva, una mirada verdadera, el halito de bondad o la ráfaga de belleza que alguien nos brinda. Es un poder seductor, pero no embaucador o manipulador. Es un poder que nos trasciende. Es algo parecido a lo que el filósofo Xabier Zubiri llamaba “el poder de lo real”. Es un poder enormemente paradójico porque no se apoya en la fortaleza de las armas, en el miedo o en la trampa, en la extorsión o en la malicia, sino en la debilidad de la compasión, del amor, de la ternura. Es el poder incoado en la obra creadora que toda creatura retiene en el fondo de su composición genética, es el poder escondido en el corazón de todos los hombres, creados a imagen y semejanza de su Creador.

Pero es sobre todo el poder de Jesús, aquel poder de su mirada capaz de atraer a aquellos rudos pescadores que dejaron las redes de su normalizada vida para aventurarse en su seguimiento. Es el poder que se pone a prueba en el relato del encuentro de Jesús con aquellos dos ciegos que no disimularon su pobreza desesperada, su búsqueda de curación y de dignidad, de plenitud en la vida, expresada en aquel grito sincero que todos deberíamos decir, como el protagonista del Peregrino Ruso, hasta la saciedad día y noche: “Ten compasión de nosotros, hijo de David”.

Es el poder de Jesús que sólo Él puede comprobar cuando les pregunta: “¿creéis que puedo hacerlo?”, es decir, “¿creéis que tengo el poder de hacerlo?”. Sin duda una pregunta que, si no explícitamente sin duda implícitamente, recorre la vida de todos los hombres que han oído hablar de Jesús en su confrontación con Él: ¿Crees de verdad que puedo curarte? ¿crees de verdad que puedo sanar tu cuerpo, tu mente y tu alma? ¿crees de verdad que en mi, sólo en mi, puedes encontrar la respuesta a todas tus preguntas, el cumplimiento de todos tus deseos y anhelos buenos y verdaderos? ¿Crees que yo puedo salvarte de la ceguera que empaña tu mirada, que impide verte y vernos, ver el mundo que te rodea y a tus semejantes que lo habitan con la claridad y profundidad que sabes que tienen, pero que no alcanzas si quiera a imaginar y menos aún a vislumbrar?

Entonces del grito de la sincera desesperación, por el poder de Jesús, pasamos a la más libre y convencida confesión posible en la vida de un ser humano: “Si, Señor, creo que puedes”. Es decir: Si, Señor, creo en ti, el Hijo de Dios vivo. Creo en ti más que en nada en este mundo. Y creo en tu poder infinito e invencible, en el poder de tu amor eterno e inquebrantable, en la fidelidad perfecta de tu amor al Padre y de tu amor a los hombres, tus hermanos, y en que puedes sanar todas y cada una de las heridas de nuestro cuerpo, de nuestra mente y de nuestra alma.

3.6.- Curar en el nombre de Jesús, de Jesús que cura

Lectura del santo evangelio según san Mateo (9,35–10,1.6-8):

(Evangelio de la misa del sábado 5 de diciembre de 2020)

En aquel tiempo, Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia.

Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, “como ovejas que no tienen pastor”.

Entonces dice a sus discípulos:

“La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”.

Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

“Id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis”.

Curar en el nombre de Jesús, de Jesús que cura

Quien le iba a decir al Papa Francisco que su original y provocativa definición de la Iglesia que nos dio en el primer año de su pontificado, se alzaría como un baluarte a seguir, una brújula segura, cuando llegó la Pandemia. Me refiero a la definición de la Iglesia como “hospital de campaña”.

En una ocasión el Papa nos decía que “ante tantas exigencias pastorales, ante tantos pedidos de hombres y mujeres, corremos el riesgo de asustarnos y de encerrarnos en nosotros mismos, en una actitud de miedo y defensa. Y de ahí nace la tentación de la autosuficiencia y del clericalismo, aquel modo de codificar la fe en reglas y normas, como hacían los escribas, los fariseos y los doctores de la ley del tiempo de Jesús. Tendremos todo claro, todo ordenado, pero el pueblo creyente y en búsqueda continuará a tener hambre y sed de Dios. También, he dicho algunas veces que la Iglesia se parece a un hospital de campaña: tanta gente herida, tanta gente herida... que nos pide cercanía, que nos piden aquello que pedían a Jesús: cercanía, proximidad. Y con esta actitud de los escribas, de los doctores de la ley y fariseos, ¡jamás! - ¡jamás! daremos un testimonio de cercanía”.

El texto del evangelio de los obreros de la mies contrasta con enorme fuerza con la descripción que los mismos evangelios nos hacen de la actuación de los escribas y fariseos, los celosos de las normas que las imponían a los demás y que ni siquiera ellos eran capaces de cumplir. Frente a este tipo de mensajeros religiosos que alejan de Dios, Jesús, el médico de los hombres, que “proclamaba el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia”, envía a sus discípulos a salir al encuentro de las muchedumbres, “extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor”.

Así Jesús, el médico de los hombres, licencia en la medicina de la vida a sus apóstoles, y les manda a las prácticas de los hospitales ambulantes por todas partes dándoles “autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia”. Y proporcionándoles unas instrucciones muy precisas: “Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis”.

Jesús, el médico por antonomasia, no sólo nos trae en su propia persona la medicina de Dios, sino que convoca a hombres y mujeres de todo tiempo y lugar para ser sus discípulos misioneros, que habrán de ser también médicos enviados por el Médico-Maestro, del que han aprendido que el mundo no es sino un caótico campo de batalla en el que los hombres pelean por su supervivencia más elemental, o por mendigar su dignidad, o por encontrar el sentido de sus vidas, cuando no pelean unos con otros en el desesperado engaño de que “si quieres la paz prepara la guerra”.

Médicos, si, también tu y yo, médicos enviados por Él. Médicos no por libre sino capaces de generar por doquier Iglesia, es decir, hospital, casa, hogar, comunión para sanar todo tipo de dolencias, "hospital de campaña". Islas de misericordia donde curar las heridas, todas las heridas, las del cuerpo, las de la mente, las del alma. No para vendarlas sin haberlas curado, con cuatro tópicos consejos de ánimo. Tampoco para hurgar en ellas, examinando las conciencias o moralizando a los heridos, sino curando, sanando, con aplomo, con delicadeza, con la ciencia del amor eficaz, el amor que cura.

Recuerda siempre que Jesús cura, que Jesús sana. No solo enseña. Si redime, si salva, no lo hace desde la atalaya de su divinidad inalcanzable, sino desde la cercanía de su humanidad, de su abajamiento, de su encarnación, de su pasión y su muerte donde ha hecho suyos todos los dolores y todos los sufrimientos del mundo. Y recuerda que la Iglesia, la que hacemos tu y yo cada día, no es una catedra erudita y distante del drama de los hombres, ni un dispensador de normas y permisos, sino un hospital de campaña, el hospital que acoge, acompaña, cura, y abraza a todos los hombres, sin juzgarlos, sin clasificarlos, sin apartarlos, sino de rodillas, limpiando con el aceite de la salvación todas sus heridas, las del cuerpo, las de la mente, las del alma.

4.- Oración a Jesús Médico

Señor Jesús, mi único Señor, mi salvador
Señor Jesús, mi sanador, mi curador, mi médico principal y primordial
Señor Jesús, médico de los hombres, sanador del cuerpo, de la mente, y del alma de los hombres.

Aquí tienes, ante ti, mi pobreza, mi debilidad, mis heridas, todas mis heridas, las que alcanzo a conocer y las que desconozco, las que alcanzo a entender y las que sólo tu entiendes en su profundidad, en su origen, en su sentido, en su fin.

Aquí tienes mis heridas del cuerpo, prueba de mi fragilidad. Al ponerme en manos de los médicos me pongo también en tus manos, porque tu actúas también a través de ellos, de los talentos que en ellos has derramado, del amor que en ellos has puesto para compartir la altísima misión de acoger a los enfermos, de acompañarlos con ternura, y de poner a su servicio su inteligencia y su ciencia para curarlos. Pero, además, no dejes tu mismo de ser mi médico, no dejes de limpiar con tus mismas manos mis heridas, como hacías con todos los ciegos, los paráliticos, los leprosos y los moribundos de los que nos hablan los evangelios. Ven con el bálsamo de tu poder sanador que nace de tu entrega en la cruz por todos los hombres, y que tus ministros me dispensen en tu nombre el sacramento de la unción de los enfermos.

Aquí tienes también las heridas de mi mente, prueba también de mi fragilidad. Hazme lo suficientemente humilde como para acudir a los profesionales de la psiquiatría y de la psicología si mis heridas lo requieren. Y dame también en esos casos la docilidad para seguir sus terapias, confiando en que tú les iluminas para que desde su ciencia puedan ayudarme. Que no caiga Señor nunca en la desolación, y si tengo que pasar por esa prueba, como María a tus

pies en la cruz, o como tu mismo en Getsemaní, que jamás caiga en la desesperación, que nunca pierda la esperanza en ti, mi Señor y salvador.

Y aquí tienes también las heridas de mi alma, prueba máxima de mi fragilidad. Ven Señor Jesús con tu misericordia, limpia estas heridas con el perdón que me prodigaste en tu pasión, en tu muerte y en tu resurrección. Que a través de los labios de tus ministros pueda oír y reconocer como la fuerza de tu misericordia se derrama sobre la debilidad de mis pecados. Y dime como hacer para que cicatricen, para que no vuelvan a abrirse, para que cuando llegue la hora definitiva ante ti, juez de vivos y muertos, pueda presentarme sin ocultar las heridas del alma de mi vida, junto a las del cuerpo y las de la mente, pero si atravesadas por la misericordia que a lo largo de esa vida haya sabido buscar, acoger y agradecer. Por los siglos de los siglos, amén.